

# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

## LECTURAS POPULARES

COLECCION DE LOS ARTÍCULOS ORIGINALES DE «LA LECTURA POPULAR»

Van publicados dos tomos que se venden al precio de una peseta cada uno de ellos francos de porte en toda España. Al que tome **dos** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Dirigirse al editor, **D. José del Ojo y Gomez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**; acompañando el pedido con su importe.

## SECCION RECREATIVA.

### EL BARBERO DE D. RUFO

—¡Ah! ¡la libertad de conciencia! exclamaba un día mi vecino D. Rufo, agitando en la mano un papelucho libre-pensador de los más rabiosos y desafiados.—No hay nada como la libertad de conciencia. Ella ensancha el corazón, da rienda suelta al pensamiento, deja obrar libremente al individuo, y haciéndole *autónomo*, esto es, dueño de sí mismo, echa las bases de su completa felicidad.

—¡Retebien!

—No se ría usted, señor mio. Cuanto digo es exacto, y puede comprobarse con los mismos hombres que han dado *amplitud* á su pensamiento y á su conciencia: han sido los más felices de la tierra.

—Pero diga usted, D. Rufo,—exclamé yo;—y los que los rodeaban, ¿eran tan felices como ellos? Porque, francamente, si yo doy carta blanca á mi conciencia para hacer diabluras, esas diabluras, para mí, serán muy gustosas; pero á mi vecino tal vez le parecerán más amargas que un puñado de aceitunas verdes.

—Eso son tonterías—contestó D. Rufo desentendiéndose del argumento.—De la libertad del pensamiento nada hay que temer; porque cualesquiera que sean las opiniones que un hombre abrigue, mientras se hallen en el inviolable santuario de la conciencia no ofrecen peligro.

Don Rufo había aprendido lo del *inviolable santuario* en el peirodicucho de su mayor aprecio, y repetía la frase á cada instante; porque hay que advertir que nuestro hombre, además de tonto de capirote, era más pesado que el plomo.

Quise replicarle, pero no me dejó.

—Le repito á usted, añadió, que el libre-pensamiento no ofrece peligro. Solo que ustedes los católicos se empeñan en sostener lo contrario, porque quieren encadenar la conciencia humana para que siga una ley única y exclusiva.

—¿Qué está usted diciendo, hombre? ¿Qué cadenas ni qué calabazas le echamos nosotros á nadie con enseñarle los mandamientos de la ley de Dios?

—Sí, señor, se las echan ustedes; porque con ellos le inclinan á seguir una ley única y exclusiva que...

—¿Otra *exclusiva*? ¿Pero es que quiere usted que para cada hombre haya una ley y una verdad distinta?

—No, señor; porque yo ya sé que la verdad es siempre una sola; pero como en el mundo nadie la conoce...

—Se equivoca usted, amigo, que los católicos la conocemos muy bien; como que para nosotros no hay otra que la que enseña la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

—Pues los libre-pensadores no estamos conformes con eso. La verdad nadie la conoce, decimos: luego cada cual puede seguir y creer la que se le antoje.

—¡Eso es! ¿Y si se le antoja á cualquiera inventar un disparate, y ese disparate perjudica á la sociedad como sucede siempre con todos los disparates contrarios á la ley de Dios?

—No importa; ¿qué peligro hay en ello? He dicho á usted ya que mientras las ideas no salen del santuario de...

Cuando oí nombrar por segunda vez el santuario, no pude más, y estuve tentado á echar á correr; pero en aquel momento sonaron dos golpes en la puerta de la habitación, y una voz algo cascadilla preguntó:

—¿Dá usted su permiso?

—Adelante,—contestó D. Rufo.

—Ave María Purísima—dijo entrando en seguida en la habitación un hombre muy amable, de corta estatura y vestido con un traje humilde pero sumamente aseado.

Era el barbero de D. Rufo, uno de los hombres más piadosos y honrados que había en el país, pero tan partidario de antiguas instituciones que aseguraban

malas lenguas que le rezaba todas las noches un Padre Nuestro á S. Lorenzo el de las parrillas, para que volviera á establecerse en España la Santa inquisición.

—¿Se sirve usted, señor D. Rufo?—preguntó el barbero con exquisita amabilidad, mientras extendía sobre la mesa una de aquellas bolsas antídiluvianas que usaban *in illo tempore* los individuos de su oficio.

—Allá voy, maestro,—contestó el viejo quitándose la corbata y volviendo en seguida á la conversacion.—Me alegro, dijo, que nos oiga el maestro Bartolo, pues á pesar de sus rancias ideas no podrá menos de estar conmigo.

Decía yo, maestro, que la conciencia y el pensamiento deben ser libres por dos razones; primera, porque la verdad de las cosas nadie la sabe y... vaya usted á averiguarla; y segunda, porque, aunque al creer cada cual sobre ella lo que se le antoje incurra en error, ese error nunca será peligroso mientras no salga del santuario de la conciencia.

El maestro sonrió, y empezó á afilar las navajas.

—Por eso, nosotros, los libre-pensadores,—continuó D. Rufo,—dejamos la rienda suelta á los pensamientos de todo el mundo, seguros por otra parte de que el hombre y la sociedad pueden dormir tranquilos. Porque... es lo que yo digo... ¿qué peligro pueden ofrecer las ideas mientras no salen del santuario de la...

—No se moleste usted más en repetirnos lo del santuario—contestó el maestro con muchísima calma;—no hay necesidad.—Y luego, parándose y mirando al viejo de hito en hito, movió dos ó tres veces la cabeza y...—¡Si usted supiese lo que hay!!—dijo.

—¿Qué hay?—preguntó D. Rufo picado de curiosidad.

El maestro se volvió entonces hácia mí; y como si entre los dos hubiese algun secreto, me preguntó sonriendo:

—¿Se lo digo?

A encogerme iba yo de hombros sin saber lo que era aquello; cuando una seña del buen barbero me hizo sospechar que se trataba de alguna broma.

—Dígaselo usted,—contesté.

—Pues bien, señor D. Rufo,—exclamó

el figaro, tomando entre sus manos la cabeza de su parroquiano para darle la primera pasada;—va usted á saber lo que hay; (se entiende si guarda usted el secreto).

—Usted se burla.

—Pues bien; aquí donde usted nos vé, el señor y yo, no solo pertenecemos ya en cuerpo y alma á la escuela del moderno libre-pensamiento, sino que hace tiempo formamos parte secretamente de una de las lógicas más avanzadas de él.

—¿Qué me cuenta usted?—exclamó el viejo volviendo hácia nosotros su mirada llena de asombro.

—Lo que usted oye.

—Pero ¿cómo no me lo han dicho ustedes antes?

—Porque no todo puede decirse, amigo mio; pero... ha llegado la hora, y preciso es ya que nos descubramos á nuestro amigo, á nuestro hermano, al hombre de espíritu fuerte que con su privilegiada inteligencia nos ha abierto de par en par las puertas de la verdadera ilustración.

—¡Queridos míos!—exclamó D. Rufo levantándose con la cara llena de jupon para darnos un estrecho abrazo.

—No hay necesidad, D. Rufo, no hay necesidad; dije yo viendo que lo del abrazo iba de veras.

—Es que mi satisfacción es muy grande,—exclamó el viejo.

—Mayor es la nuestra,—contestó el barbero, tanto más cuanto que nuestras nuevas ideas constituyen la última expresión de la más hermosa filantropía.

—¡Sublime!

—Y de la fraternidad más universal.

—¡Admirable!

—En fin, con decir á usted que dado el atraso de los tiempos, hasta nos exponemos á perder la vida por hacer la felicidad de nuestros semejantes.

—¡Oh!—exclamó D. Rufo entusiasmándose,—¡cuán grande es la libertad absoluta de conciencia! ¡como inventa caminos nuevos! Y aun hay estúpidos que quieren encadenar la razón del hombre imbuyéndole una doctrina *única y exclusiva*. Así estamos tan atrasados. Pero... señores... acabemos, porque estoy ya rabiando por conocer las ideas de ustedes. Digan, digan.

—¡Oh! poco á poco,—dijo el barbero,—para eso es necesario tomar antes ciertas precauciones. Si le parece á usted cerraremos la puerta.

Y dirigiéndose á la de la habitación sin esperar la respuesta de D. Rufo, echó la llave, y se la metió en el bolsillo.

Don Rufo miró la operación y la extrañó algo, pero nó hizo caso.

—Pues vamos—dijo el maestro abriendo la navaja para pasarla otra vez por la correa,—yo siento no haber sido antes franco con usted; pero... á veces... hay consideraciones y circunstancias que obligan á guardar el secreto. El señor y yo hemos formado juntos en una de las escuelas más avanzadas del naturalismo moderno.

—Muy bien. ¿Y qué escuela es esa?

—No se si la conocerá usted. Hemos ingresado en... la secta filantrópico-social llamada de...

—¿De qué?

—De los *degolladores*.

—¿Qué?—exclamó D. Rufo volviendo rápidamente la cabeza.

—Pues... nada... que hemos ingresado en la secta llamada de los *degolladores*,—repitió el maestro con muchísima calma, afilando la navaja por cuarta vez.—Cuando le explique á usted bien el pensamiento, añadiré, verá usted que grande y que sublime es.

Don Rufo empezó á mirar la puerta.

—Pues señor—dijo el maestro cogiendo de nuevo la cabeza de D. Rufo—Sabido es que el hombre viene á este mundo á desempeñar una misión, para la cual la naturaleza le concede fuerzas, salud, vida, etc., etc. Mientras el hombre disfruta de esas condiciones es feliz, pero... ¿y cuando las pierde? Cuando la edad avanza, los achaques empiezan á aminorar su salud y la tristeza se apodera de su alma, ¿qué mayor prueba de amor puede dársele que la de quitarle de encima la carga que le abrumba; es decir, la carga de la vida? Pues bien, la secta filosófico religiosa á que pertenecemos tiene ese objeto.

Don Rufo volvió los ojos con visible ansiedad y empezó á palidecer.

—Nuestra hermandad—prosiguió el barbero—jura contribuir á la felicidad del hombre y de la sociedad eliminando de ella á los seres que por su edad ó achaques son ya solo un elemento de dolor y de miseria.

Don Rufo que era más viejo que un zarzo, y padecía de gota hacía muchos años, se puso ya tan blanco que creímos se desmayaba.

—Maestro, dijo, no se entretenga usted en repelarme tanto porque sabe usted que tengo la barba delicada.

—Acabo en seguida,—contestó el truhan del barbero reanudando el hilo del discurso.—Ya ve usted, dijo, si el árbol del libre-culto da buenos frutos. Es tontería; donde no hay libertad de concien-

cia y de pensamiento no puede haber nada nuevo.

—Sin embargo—exclamó D. Rufo completamente descompuesto,—hay ideas que por lo peligrosas convendría...

—¡Cómo peligrosas, señor mio!—exclamó el maestro Bartolo más serio que un ochavo de especias.—¿Desde cuando discurre usted de ese modo? Mil veces ha sostenido usted mismo que mientras las ideas se hallan en el *santuario de la conciencia* deben respetarse porque no ofrecen ningun peligro. Y tiene usted muchísima razón. Solamente que el fanatismo católico se empeña en sostener todo lo contrario. Por eso, mientras no acabemos con él, tendremos que ocultarnos para practicar nuestra misión salvadora. En la última sesión secreta nos reunimos todos los barberos y convinimos en... (levante usted un poco la cabeza, que voy á quitarle á usted los pelitos de la garganta).

—¡Infame! quítese usted las narices,—exclamó D. Rufo dando un salto y escapando del sillón con el paño colgando y la cara á medio afeitar.—¡Asesinos! ¡asesinos! ¡que me matan!—gritó con todos sus pulmones.

—Pero ¡señor D. Rufo!—exclamamos los dos,—¿está usted loco?

—¡Asesinos! ¡asesinos!—seguía gritando el viejo.

—Pero ¿quién le ha dicho á usted que nosotros tratemos de hacerle daño? Al revés; nuestra conciencia nos dicta todo lo contrario.

—Vayan ustedes á la porra con su conciencia; ó mejor dicho: vayan ustedes á presidio, que allí debían estar ustedes.

Entonces, viendo que el viejo continuaba escandalizando y con trazas de desmayarse, soltamos la carcajada y le declaramos que todo había sido una broma, asegurándole que ambos éramos tan católicos como ántes, y que ni por todo el oro del mundo éramos capaces de abandonar nuestra fé y nuestras ideas cristianas.

Al oír esto respiró, y mirándonos bien para asegurarse de que decíamos la verdad,

—Vaya, dijo, me han dado ustedes una broma demasiado pesada y eso no es justo.

—Si que lo es, D. Rufo,—contesté yo,—porque de este modo se habrá usted convencido de una gran verdad, y es, que si en el mundo no hubiese una ley *única y exclusiva* que se llama la ley de Dios, y además no hubiese una religión que inculcase esa ley en la conciencia

de los hombres, haciéndoles ver la obligación que tienen de obedecerla, no solo no podríamos vivir en paz, sino que ni siquiera podríamos afeitarnos.

Desengañese usted, señor D. Rufo, en eso de la libertad de conciencia hay un punto que pocos entienden, y por ese punto es por donde el diablo mete la pata.

Una cosa es que el hombre sea interiormente libre para elegir cualquier camino, y otra cosa es que se empeñe en sostener que todos ellos son iguales y que por lo mismo no está obligado á seguir por uno determinado.

El hombre es libre en su corazón para ser bueno ó malo, pero solo tiene derecho á ser bueno.

El hombre es libre en su cabeza para pensar mal ó bien, pero solo tiene derecho á pensar bien.

Esta es la doctrina católica, con la cual queda salvada la libertad del hombre y la santidad de Dios.

Cuenta la historia que desde aquel día, D. Rufo dejó de ser libre-pensador, y que, habiéndose asegurado bien de que tampoco lo era su barbero, se dejó afeitar ya con muchísima tranquilidad.

A. C. y G.

## EL PUENTE DE SAN BENEDICTO EN AVIÑÓN.

En una aldea distante tres jornadas de Aviñón había un pastorcito que guardaba el rebaño de su madre: tenía doce años y se llamaba Benito.

Un día, estando en el campo solo entre sus ovejas, parecióle oír una voz.

Vuelve los ojos en derredor, busca y á nadie ve.

Creía haberse llamado á engaño, cuando pocos momentos despues percibió claramente estas palabras:

—Soy yo, Jesucristo, que todo le hice de la nada con una sola palabra. Deja aquí tu rebaño, ve, y levanta un puente sobre el Ródano.

—¿Si ni siquiera sé lo que es el Ródano, puesto que jamás he abandonado mi pueblecito! ¡Y mi madre! ¿Qué dira mi madre?

—De todo cuidare yo—dijo Nuestro Señor;—anda y obedece.

—¡Ah! Señor—respondió el pastorcito—obedezco vuestros mandatos: pero ¿cómo construir un puente con solo tres dineros, que es lo único que poseo?

—Sosiégate—dijo el Salvador—confía, y saldras en bien de tu empresa.

Nuestro ingeniero de puentes y calzadas, por la gracia de Dios, ya no opone resistencia; abandona el rebaño y marcha.

Apenas había dado algunos pasos cuando se le apareció un mancebo de singular belleza, en traje de caminante, con un baston en la mano y una alforja al hombro.

Sonríole al niño el ángel, que un ángel era el guía que Dios había enviado á Benito, y dijole que iba á conducirlo á orillas del Ródano y al lugar en que Nuestro Señor quería que levantase el puente.

Y á pesar de que su aldea dista tres jor-

nadas de las márgenes del Ródano, cuenta-se que el ángel y el niño recorrieron este trayecto en menos de tres horas.

Y no obstante, no había entonces caminos de hierro, porque desde esta historia han trascurrido setecientos años.

Llegado á la orilla del río, Benito contempló, en silencio su anchura y la rapidez de su corriente.

—¿Con tres dineros, repetía, edificar un puente? No, nunca me será posible.

—Entra en la barca—le dijo el ángel—y ve á encontrar al Arzobispo.

El niño pide al batelero que le traslade á la ribera opuesta.

El batelero se niega á ello.

—Os pido—decía Benito—que me paseis al otro lado: os lo ruego por el amor de Nuestro Señor y de la Virgen María.

El patron de la barca era nada menos que... judío, calcúlese, pues, como acogeria la súplica del muchacho.

Benito insistía.

—¿Cuanto me darás?—replicaba el batelero.

—Solo tengo tres dineros; si quereis pasarme os los entregaré.

Y el batelero decidióse á pasarle por este precio, bien que poseido de pésimo humor.

Una vez en la orilla opuesta, el joven pastor tomó el camino de Aviñón, yendo en derechura á la iglesia.

El Obispo dirigía una plática al pueblo. Sin andarse en cumplidos, Benito le interrumpió en medio de su sermón.

—¡Señor Obispo! ¡Señor Obispo!—gritó—Dios me envía para que construya un puente sobre el Ródano.

El pueblo soltó la carcajada, á pesar de lo sagrado del recinto.

El Obispo creía que el niño había perdido algo el seso, y mandó que se le hiciera salir.

—Llevadle—dijo—al preboste de la villa, que le acortará el vuelo y le enseñará á edificar puentes.

Benito obedeció al Obispo, y fué á encontrar al preboste.

—Señor preboste—exclamó—Dios me envía para que levante un puente sobre el Ródano. ¿Quereis ayudarme á ello?

—¿Que me place! dijo el preboste burlándose de él;—y para que te persuadas al momento de mis buenos deseos, te regalo aquella piedra de allí bajo, para que sea la primera de tu puente.

Era un peñasco enorme que apenas treinta hombres hubieran podido remover.

Espantado Benito, vacila: pero va en derechura á la piedra, hace la señal de la cruz, y la lleva en sus brazos como una pluma.

El preboste de la ciudad queda admirado, no se atreve á decir palabra, pásanle las ganas de reír.

De todos lados se levanta un grito: ¡Milagro!

Advertido el Obispo, sale de la iglesia con todo el pueblo para ver el prodigio.

Cargado Benito con su roca, atraviesa toda la ciudad, seguido del preboste, de la nobleza y de todo el pueblo.

Llegado al punto que le había designado el ángel, coloca en él su primera piedra con asombro inmenso de todos los habitantes de Aviñón.

El Obispo, poco ha tan rígido y el preboste tan burlon, se prosternan á los pies del niño, besándose los humildemente.

El preboste comenzó por darle 300 piezas de plata. Cada cual quiso contribuir á la obra santa, por manera que en menos de dos horas, el pobre Benito, había reunido más de cinco mil piezas.

Al instante puso manos á la obra.

El mismo Benito dirigia los trabajos, en medio del mayor asombro de los arquitectos é ingenieros de aquel tiempo.

Lo que los emperadores romanos y los reyes de Francia no se habían atrevido á emprender, pudo llevarse á buen término, realizándolo en siete años un pobre hijo del pueblo que jamás había aprendido sino á guardar su rebaño y á rogar á Dios pero le oraba con tanta perfeccion, que le encargó esta empresa.

De esta manera el Todopoderoso, para confundir el orgullo y la ciencia del hombre, se sirve á menudo de los más pequeños y menospreciados para realizar las más grandes obras.

Así sucederá con nosotros si somos humildes y nos sometemos á su santa voluntad.

A la edad de diecinueve años, Benito había reunido en torno suyo una multitud de obreros que se habían puesto bajo su dirección con el nombre de *hermanos del puente*, y que se dedicaron al propio tiempo á la vida religiosa y al trabajo. Ellos edificaban, recompenian y vigilaban la construcción.

Muy pronto fué necesario fundar una hospedería para los numerosos peregrinos que acudían en tropel á venerar al Santo y á admirar su obra.

Pero desesperado el diablo de ver que tocaba á su fin una santa empresa en que no le cabía la menor parte, y que revelaba el poder de Dios, se propuso destruirla, á cuyo efecto, abalanzándose á uno de los arcos principales del puente, trabajó tanto con pies y manos, ó mejor, con cuernos y uñas, que logró derribarlo.

El puente entero amenazaba desplomarse sobre el Ródano; pero Benito que estaba en oración á cinco ó seis leguas de allí, fué advertido por revelacion de lo que acababa de suceder, por cuyo motivo envió al momento á algunos de sus hermanos para reparar el desastre.

Poco tiempo despues Dios se sirvió avisarle que se acercaba el día de su muerte. Recibió los últimos Sacramentos con fervor verdaderamente angelical. Sin cesar pronunciaba los nombres de Jesús y de María; su alma hermosa, que jamás había incurrido en pecado, voló al Paraiso, y fué á reposar de sus grandes trabajos en los brazos de Dios.

A la noticia de su muerte el pais entero vistió de luto. Todos corrian á su tumba; todos se disputaban sus reliquias. El Obispo, el preboste y el Cabildo querían retener su cuerpo, pero, conforme á su voluntad, fué sepultado en una capillita edificada sobre la tercera pila del puente, en que tenía la costumbre de pasar muchas horas en oración. Sus funerales mas semejaban un triunfo que una ceremonia.

San Benito, llamado tambien San Benitico, es todavia muy venerado en el Mediodía de Francia, y este puente, obra principal de su vida de plegarias y de trabajo, es todavia el pasmo y la admiracion de los viajeros.

M.

### SECCION INSTRUCTIVA.

## ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

### 47. El hijo pródigo.

Jesús continuó diciendo: «Un hombre tuvo dos hijos y dijo el menor á su padre: Padre dame la parte de herencia que me ha de tocar. El padre se la dió. Algunos días despues el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fué á un pais muy distante en donde disipó todo su patrimonio, viviendo disolutamente. Habiéndolo malgastado todo, sobrevino en a-

